



EL SECRETO MÁS PROFUNDO

GIOVI NOVELLO

The top half of the cover features four hand-drawn symbols in black ink: a large arrow pointing down and to the right in the top left, a large 'X' in the top right, a smaller 'X' in the middle left, and a large arrow pointing down and to the left in the middle right.

EL SECRETO
MÁS PROFUNDO

GIOVI NOVELLO

Introducción

En la mesa familiar no hablan de nosotres, de las personas trans, nadie nos nombra en voz alta; en la escuela no existimos; en el amor somos lo oculto; en las cicatrices somos lo repulsivo; en los libros no hay cuerpos como los nuestros; en la niñez somos lo equivocado, en la adolescencia, el abrazo negado; y en la adultez estamos solos.

No podemos hablar de igualdad sin un cambio social, no queremos llorar más compañeres que se van antes de tiempo, no queremos tener más esta certeza de que nuestras vidas serán cortas. Mientras el mundo tira para abajo y nos va haciendo pedacitos, nosotres bailamos, nos reímos; nosotres somos trinchera, nos decimos las cosas que nos hubiesen gustado haber escuchado, pero algunas veces es más difícil... Algunas veces nos gana el miedo al ver que en la foto cada vez somos menos.

Cuando pienso en mis vivencias, en mis experiencias, buenas y malas, pero imborrables, entiendo los abusos, las consecuencias de las ausencias. Quizás fue un acto inconsciente ese fuego en el pecho que se encendió la primera vez que milité públicamente la escucha a las niñeces trans. Quizás remover el fondo de mí es encontrar esa creencia que tenía de que los adultos siempre tienen la razón, quizás es encontrar a ese niño que fui, que compartía cocaína con alguien veinticinco años mayor, quizás es descubrir que lo que yo tenía era miedo, quizás es descubrir también que la culpa que sentía era forzada para creer que alguien se preocupaba por mí.

Y, tal vez, remover ya no sea suficiente; es momento de accionar, de hacer algo con mi historia. Cuando descubrí, después de tantos años, que lo que había vivido era abuso, creí que nunca me iba a animar a hablarlo públicamente, tenía mucho miedo. Posponer mi sentir y silenciarme fue una forma de descarga de violencia de todo un sistema que recurrentemente nos suelta la mano. Pero ya no quiero posponer mi vida por miedo a quedar solo, por miedo a no ser amado, por miedo a pasarla mal.

Detrás de cada silencio puede perderse la esperanza de alguien más. No puedo volver el tiempo atrás, no puedo recuperar una inocencia ya perdida, pero puedo convertirme en la compañía que me hubiese gustado tener de niño.

Hay una emoción muy fuerte que me eriza la piel cuando veo a un niño trans llevando una vida libre, sin cargas, así como también hay una angustia latente que me hace doler la panza al pensar lo frágil que es todo.

Nadie se salva solo, las redes de contención, la escucha activa y, sobre todo, el amor, son las herramientas que tenemos en el bolsillo para que ningún niño nunca más naturalice sentirse desprotegido.

Como activista, hoy tengo una ventaja y un desafío; la ventaja es haber sobrevivido con resistencia, el desafío es construir una militancia integrada, protagonizada y representada por les niños, y estar a la altura de eso entendiendo que ellos vienen a mostrarnos un camino que, al menos para mí, era totalmente desconocido, y es que la ternura también es política.

Hoy decido compartir una parte de mi historia, esa que tiene que ver con el camino que transité desde que era un niño, con los miedos, con los dolores, con el desconocimiento, y con la verdad que me hizo aceptarme para poder convertirme en quien soy hoy. Lo hago con la ilusión de que estos relatos, fruto de mi experiencia de vida, le sirvan a alguien para seguir resistiendo.

Si sos una persona trans y aún no podés decirlo: no estás solo, ahora somos familia.

La primera vez que intenté hablar con Dios

En 1999, yo tenía cinco años, vivía con mi familia –que estaba formada por mi mamá, mi papá y mis dos hermanas mayores–, en una casa en el barrio Ciudadela, un lugar tranquilo de la ciudad de Santa Fe. A pesar de ser tan chico, no era raro que por las siestas me encontrara jugando en la vereda con otros niños, se podría decir que, en ese entonces, había cierta seguridad que lograba que los adultos no sintieran miedo de permitirnos eso.

Éramos un grupo de cuatro niños, o más bien cinco, cuando dejaban que Leo nos acompañara en esas aventuras. Leo tenía una familia muy conservadora que no

era tan permisiva como las demás; de todes, yo era el más chico, por lo tanto, me dejaban ser «mantequita» —el jugador más fácil de vencer— en casi todos los juegos.

Nos encontrábamos a las dos de la tarde en la puerta de mi casa —en donde también vivían mis primos, que eran parte del grupo—, lo hacíamos con la puntualidad y responsabilidad como si de una ronda de negocios se tratara. No hacía falta consultarnos antes, cada uno almorzaba en su casa y automáticamente a las dos estábamos todos ahí.

Se podría decir que éramos niños tranquilos, inocentes. Nuestros planes consistían en trepar el árbol más raro de la manzana y quedarnos hablando en las alturas. Charlábamos sobre todo tipo de temas, de nuestros sueños, de nuestros programas favoritos de televisión, de las cosas que no existían pero que nos hubiese gustado inventar, de los trabajos que imaginábamos que haríamos de grandes.

Durante una siesta de verano, Leo me preguntó si cuando fuéramos grandes querría tener hijos con él, le dije que no; se veía confundido, los cachetes se le habían sonrojado un poco y, con un tono un tanto avergonzado, me preguntó: «¿Y qué querés ser cuando seas grande?». Y ahí mi corazón me lo dijo por primera vez: «Cuando sea grande, quiero ser un varón».

En determinado momento, los gritos empezaban a escucharse por toda la cuadra: «Adentrooo», «A comeer», «Hora de bañaarse». Nuestro reloj de la tardecita eran las voces de las madres y las abuelas que desde los balcones y desde las puertas de sus casas nos

avisaban a los gritos que ya no era hora de andar «vagueando», como ellas decían. Entonces salíamos corriendo cada uno para su hogar, sabiendo que al día siguiente nos volveríamos a encontrar, como un pacto de fidelidad imperturbable.

Aquel día del diálogo con Leo llegué a casa y por mi cabeza no paraba de rondar esta idea de poder convertirme en varón cuando fuera grande, pero ¿existía alguna magia para eso? Y si existía, ¿había que esperar hasta ser grande para poder hacerlo? Mamá cocinaba y yo miraba dibujitos en mi habitación mientras imaginaba qué haría si ese deseo se hiciera realidad; la lista era interminable, pero había algo de lo que estaba seguro: ese verano iba a jugar a la guerra de bombitas en *short* de baño y en cuero.

Desde muy pequeño siempre tuve problemas para poder dormir, tenía el sueño muy liviano y era muy ansioso; mi mamá, ya cansada de discutir por el uso de la televisión, negoció conmigo: a las once de la noche, el televisor tenía que apagarse. Aunque era chico, yo ya sabía cómo hacerlo solo: la forma de darme cuenta de que era «muy tarde» era cuando comenzaba *El fantasma del espacio*, en el canal Cartoon Network, ahí ya no había escapatoria, había que dormir.

Esa noche apagué la televisión, cerré fuerte los ojos e intenté hablar con Dios: «Dios, si existís, te pido que con tu magia hagas que deje de ser niña, y mañana, cuando me despierte, sea un varón». Lo repetí muchas veces, algunas en voz bajita, otras en silencio, para mis adentros, y, sin darme cuenta, me fui quedando dormido.